

Glauco Maria CANTARELLA. (2015) *Manuale della fine del mondo. Il travaglio dell'Europa medievale*, Torino, Einaudi Editorial, 350 pp., ISBN: 978-88-06-21827-0

Fecha de recepción: 14/03/2017

Fecha de aprobación: 25/05/2017

En el eterno discurrir del tiempo, es normal que tanto cambios como continuidades se conjuguen constantemente, primando una sobre la otra por momentos y cediendo la hegemonía mutuamente, como un juego helénico del siglo de Oro. El paso al segundo milenio es sin duda uno de esos momentos tensos, esos juegos dispares que tantos estudios ha suscitado en la historiografía.

Exógeno sin dudas a la gran cantidad de campesinos iletrados y probablemente reducible a algunos círculos, el concepto del año Mil como fin del mundo es desglosado de manera original por Glauco Cantarella. Como tratándose de un oxímoron, nos muestra con habilidad que el año mil no es el fin del mundo, pero muchas de las estructuras y formas precedentes no sobrevivieron a su tiránico paso. Juega con el concepto para resignificarlo y mostrarnos qué podemos considerar cierto y qué falso, en un vaivén donde se descubre la historia conectada. Los hombres de fin de la doceava centuria acaso no reconocerían el mundo apenas doscientos años más joven. Y viceversa.

Nos presenta el binomio de los siglos XI-XII como un engranaje vital, nos introduce a pensar la multiplicidad de coyunturas de manera conectada. Sea la península itálica ibérica, el mundo cluniacense o el imperio de los otónidas. Valiéndose de abundantes fuentes y amplia bibliografía se permite abordar las temáticas con el mayor respaldo posible. Papas y emperadores, normandos y árabes, monjes y cónclaves, Cluny y Císter se conjugan en esta obra para explicarnos el período en cuestión.

La obra está ordenada siguiendo cuatro bisagras que responden a períodos de cincuenta años que no deben engañarnos en un fetiche cronológico: la elección de la modalidad atiende al análisis ampliado de situaciones de lo más diverso en tiempo y espacio, que no dejan de formar parte de un todo. La primera bisagra (1000-1050) empieza por contarnos que el Año Mil es en realidad una construcción posterior. Nos internamos en un mundo en el que la dinámica europea es dictada por el papado e el Imperio. Desde el inicio es patente el rol que lo discursivo cumple en las esferas de lo político y los engranajes de poder. Constantemente hay analogías,

metáforas discursivas, ideas entre líneas. Y así simoníacos sucesores de Pedro buscan en la bruma del pasado para justificarse en una posición u otra. Los caballeros que hacía algunas generaciones trastocaban las estructuras establecidas ahora están integrados, en calidad de *bellatores*. El mundo sobrevive al embudo del primer milenio, pero muchas de sus estructuras quedan obsoletas.

La segunda bisagra descubre configuraciones geopolíticas nuevas, memorables por su futuro. Una Italia que se ve conmovida por dos nuevas entidades que toman un nuevo calibre: los Canosa en el norte italiano, fusionándose y escindiéndose con Imperio y papado en un complicado ajetreo, y los normandos al sur, en Sicilia, futuros fundadores de un reino que sobrevivió hasta tiempos decimonónicos. Estos normandos harán las veces de paladines de los señores romanos, serán una bisagra importante de las relaciones mediterráneas. *“Los normandos viven en un nimbo de guerra santa. Están confundidos por la santidad”*. Los Canosa emergen desde la oscuridad del siglo anterior para robustecerse mediante donaciones de lo más diversas y señorear en un territorio considerable, envidiable en el panorama de poder europeo. Por otro lado es también relevante (en conexión siempre) la configuración de los reinos ibéricos cristianos en tiempos de los taifas, que

delínean el primigenio camino de Santiago de Compostela y lo orbitan en lo económico. Santiago y Cluny serán asimismo la salvaguarda de la legitimidad de la nueva aristocracia ibérica.

Otro gran puntal de la segunda mitad del onceavo siglo es todo lo referido a las reformas en el ámbito eclesiástico. Siguiendo una línea clara Cantarella nos plantea el debate de si estas políticas tienen carácter innovador o retrógrado, en el eterno soliloquio de la legalidad y la ilegalidad tan difusa en las elecciones y potestades petrinas. El autor es hábil analizando los recursos y herramientas, nos presenta conceptos como “invención del pasado” que nos ayudan a comprender cómo lo semiótico forma parte del discurso legitimador. *‘La invención de la Iglesia Católica es fruto de la política, de sus contingencias y de sus expedientes’*. Cluny será el gigante de pies de barro que, colosal en el siglo XI, será rápidamente corroído y reemplazado en la venidera centuria.

La tercera bisagra comienza en la concepción de tres nuevas identidades políticas medievales: la Inglaterra normanda, la España cristiana y lo que convencionalmente podemos llamar como Estados Pontificios. Sajones y normandos conjugaron experiencias para salir a flote con nuevas herramientas y sobre todo, nuevas relaciones familiares y políticas que hicieron del Canal de la Mancha un

lago interno, y generaron una paradoja feudal (un vasallo con un reino más grande que su señor). Por otro lado, el incesante hormigueo en las fronteras con el mundo musulmán se había convertido en un avance organizado y con mayores recursos. Cluny se inyecta de manera hipodérmica allí donde la aristocracia ibérica lo requiere. Guerras fratricidas y querellas dinásticas configurarían el mapa político de la península. En tercer orden, una conjunción de procesos que desembocó en la configuración de los dominios de San Pedro. Una necesidad de imposición, y ya no subalternidad respecto de los emperadores, la necesaria querrela de las investiduras (interminable en territorio alemán e italiano, más silenciosa en Inglaterra o Francia) y otros tantos hechos hicieron de los Papas príncipes territoriales *stricto sensu*. Papa y emperador debieron ceder territorio mutuamente, dividir el nombramiento y concordar en Worms. Toda esta violencia desmedida es sólo encauzada hábilmente en las Cruzadas, epicentro del fervor religioso y la propagandística cristiana.

La era de Ponce en Cluny y de Matilde en la Toscana se apagará en favor de nuevos actores, la Orden de Císter surgirá como opción al blanco monacal de Cluny, mucho más dinámica y avispada. Los dominios de Matilde oscilan entre Imperio y papado, en una estratagema inconclusa debido a la falta de sucesores.

La última bisagra atiende a fenómenos también de lo más variados. La génesis de las comunas, en condiciones particulares pero nunca iguales entre ellas, es una experiencia política que generará una nueva identidad, la *res publica*, la ciudadanía. No debe confundirse con democracia, sino más bien con un desvío del poder; desde los señoríos severos y distantes hacia las aristocracias locales, que defienden su propia autonomía e intereses. La ciudad se configura como un espacio polivalente, nuevo. No en tanto su fisonomía urbana sino en sus relaciones. La apropiación del espacio público. Y esto no puede ser otra cosa que una migraña para emperadores y papas; Italia y otros espacios se vuelven policromas, con mapas que se asemejan a archipiélagos de jurisdicciones. Rellenando el nuevo discurso estará el derecho romano con sede en Bolonia *la dotta*.

El autor, girando la mirada, nos pinta juegos dinásticos que cosquillean a normandos y franceses. Los primeros gracias a pactos de la reina Adelaida pueden jactarse de poder atribuirse títulos regios. Los segundos danzan entre Capetos y Plantagenet, manchando también con múltiples colores su mapa feudal. Reyes ingleses y franceses a veces se confunden. La isla asimismo ve nacer a una serie de instituciones que serán fundamentales después, como los

Parlamentos (una primera instancia de consulta, atada al rey), puntales de la promoción social. La cultura de corte florece por doquier, políglota en Sicilia y algo más monocroma en otros lados. El conocimiento de la dialéctica cristaliza en internas querellas cortesanas.

Un cisma nuevamente sacudirá a la Ciudad Eterna. Esta vez el debate de progresismo y conservadurismo no calza en la realidad. El autor nos remite a una *faida* romana, resuelta gracias a los tantos regentes que pudieren beneficiarse de uno u otro Papa. Para terminar la obra, y volviendo sobre algo ya escrito, el coloso del siglo XI que significó Cluny cayó merced de una nueva potencia monástica: Císter. Dinámico, económicamente más agudo y sin duda más soberbio en sus postulados eclécticos, aplanó el camino a un crecimiento exponencial. Todo

atendiendo a los claros problemas historiográficos y a las facetas que el revisionismo ha impreso por doquier.

En conclusión, la obra resulta una oda a la historia conectada. Una muestra de la fertilidad de la historia interpretada desde diversas realidades geográficas que no dejan de estar moldeándose mutuamente. Algo extensa en materia de debate teológico, pero responde a la enorme erudición y exégesis constante de documentos revisitados. Una pieza útil en lo académico y recomendada a quienes quieran acercarse al binomio de los siglos XI-XII de una manera no convencional/enciclopédica, visto que hurga en la esencia de la alteridad y en la naturaleza del tiempo.

Pedro Martín Becchi

Universidad Nacional de Mar del Plata